



Nos, José María Guíot s. m. m.

Por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica Obispo de Augustopolis y Vicario apostólico de los Llanos de San Martín

A nuestros amados Misioneros y carísimos hijos

SALUD Y BENDICION EN JESUCRISTO NUESTRO SEÑOR Y SU SANTA MADRE

Dios Nuestro Señor es testigo del amor que os profesamos y de que os llevábamos a todos en nuestro corazón desde el día en que celebramos nuestro primer encuentro, pero y sobre todo desde el momento solemne cuando ungido como Pontífice de la Iglesia, fuimos consagrado, a pesar de nuestra indignidad, Padre de vuestras almas. Dios y él sólo, fuente de toda paternidad sabe hasta cual punto este santo afecto vino aumentándose año tras año durante los nueve de nuestro Episcopado. Entonces fué cuando pudimos apreciar la bondad de vuestros corazones y, lo que vale más todavía, la fidelidad de los más de entre vosotros en corresponder a nuestros desvelos. Por estos motivos sentimos la necesidad apremiante, irresistible de manifestaros la pena incommensurable que Nos tiene agobiado desde cuando supimos la terrible catástrofe ocasionada por los terremotos del mes de Agosto pasado: Alejado de vosotros, amados Hijos, nuestro dolor crece y se hace más punzante.

Por de pronto pensamos en las familias afligidas de las víctimas y a ellas enviamos nuestras simpatías así como les aseguramos de nuestras oraciones por ellas mismas y por sus deudos sepultados bajo las ruinas del cataclismo. Nos apresuramos luego a dirigirles el supremo consuelo que la Iglesia reserva a aquellos quienes, anegados en lágrimas y enlutados, pueden vislumbrar ya y en alguna manera hallarse de nuevo al lado de seres queridos repentina-

mente sustraídos a su afecto y presencia, diciéndoles: «No os entristezcáis como los demás hombres, que no tienen la esperanza de la vida eterna.»

A estos motivos de orden sobrenatural y general que inspiraron las palabras anteriores sacadas de las Epístolas del Doctor de las naciones, conviene añadir otras que sacamos de las circunstancias especiales que acompañaron vuestra prueba. En efecto, es en el lugar sagrado y en el momento preciso en que acababan de probarle a Dios su amor, es decir, en el acto mismo de la comunión, cuando la divina Providencia exigió de vuestros caros deudos el sacrificio de una vida que con tanta generosidad han ofrendado. No podían escogerse circunstancias más favorables para pasar de esta vida a otra mejor, pues al cristiano la vida no le es quitada sino cambiada. «Vita mutatur, non tollitur.» Con razón entonces, de ellos diremos y sin restricción lo que la Iglesia católica dice y canta en la conmemoración de los fieles difuntos: «Bienaventurados aquellos quienes mueren en el Señor!» No solamente se hallaban unidos a Dios, sino que estaban congregados en su mansión que es la «puerta del cielo», los finados a quienes lloráis!

Entendad ahora porque a más de las razones generales arriba expuestas había lugar a otras especiales para vosotros. Al meditar sobre ello, no extrañaréis el que os digamos también: No, no os dejéis llevar de la tristeza como si no tuviésteis esperanza; antes, consolados, aún regocijaos en el

Señor, porque no teniendo morada estable en este valle de lágrimas, sois llamados a haceros dueños de otra imperecedera para la eternidad bienaventurada.

Ya que tenemos fé en la vida eterna, *credo vitam aeternam*, saquemos las consecuencias que se desprenden de nuestra creencia: lo más importante, la única cosa necesaria, diremos, es la salvación de nuestra alma, es la seguridad de llegar un día al cielo, a la casa de Dios. La consideración de esta verdad es más que suficiente para aumentar nuestra esperanza y llenaros de santa alegría: *Laetatus sum in his quae dicta sunt mihi; in domum Domini ibimus.*

Cumplido el sagrado deber que se nos imponía y después de habernos dirigido de una manera especial a aquellos de nuestros amados hijos que fueron inmediata y cruelmente probados en la persona de los suyos, es a vosotros que recibisteis heridas, sea cual fuere su gravedad, a quienes llevamos el bálsamo de nuestro paternal afecto. Quisieramos tener facilidad para manifestaros personalmente que vuestras angustias son nuestras y nuestros, vuestros sufrimientos, pues los sentimos y cuanto!

Sin embargo no quedamos satisfechos con esta manifestación y desearíamos probaros nuestra voluntad, ungiendo vuestras gloriosas cicatrices para calmar el fuego del dolor y apresurar vuestra curación. También vosotros habéis sido probados, sobre vosotros también descansó el peso de la cruz del buen Maestro pero nos informan que sobrelleváis vuestras aflicciones con